

J. J. LOPEZ-IBOR

# Pensar con las manos

Publicado en

ACTAS LUSO-ESPAÑOLAS DE NEUROLOGIA, PSIQUIATRIA Y CIENCIAS AFINES

Volumen VIII. Marzo-abril 1980. Número 2.

Depósito legal: M. Sep. 851.—1958.

Gráficas Orbe, S. L., Padilla, 82, Madrid.—1980.

Ayuntamiento de Madrid

**PENSAR CON LAS MANOS**

La frase «pensar con las manos» sorprende en el primer momento en que la leemos. Estamos tan habituados a oír el desmembramiento de la unidad humana en cuerpo y alma que nos olvidamos de lo esencial: la disociación cuerpo-alma y nos remitimos a la unidad del ser hombre. Y desde esta perspectiva no puede el hombre olvidarse de sus manos.

Si examinamos, por otra parte, la propia estructura del cuerpo humano veremos cómo presenta unas peculiaridades radicalmente distintas de las de los animales. La mano humana es la menos especializada que existe, comparándola con las extremidades superiores de los monos. No se trata sólo de definir esa especialización por la mayor o menor capacidad de oponer el pulgar a los otros dedos, sino que la mano humana está dirigida hacia el fondo de las cosas de una manera peculiar, tanto como lo está la vista, puesto que las cosas en su imagen misma necesitan no sólo ser vistas, sino miradas. En el animal cada órgano, según una determinada escala biológica, se halla más predeterminado en su función que en el hombre. La misma capacidad de expresión de la mano y de los movimientos y del cuerpo en general varía mucho entre el hombre y el animal. Podríamos afirmar que su relación con el mundo propio es distinta de la que tienen los animales más próximos a él.

Puestos a estudiar la conformación de la mano humana comparando con la de los

seres más próximos en la escala zoológica, se nos impone la peculiaridad de la mano del hombre. Es muy compleja, con gran capacidad expresiva, por un lado, y con gran capacidad manipuladora, por otro. Manipular es verbo que alude a esta posibilidad de acción que caracteriza la mano del hombre.

HEGEL decía: «Todo lo que es real es racional.» El pensamiento de HEGEL se olvidaba de que la realidad del hombre es más compleja. Nadie puede discutir que es un ser de razón. Pero no es sólo lo que le caracteriza. La concepción del hombre está alicortada si se piensa que sólo es un ser de razón. Es también un ser de pasión. Las manos también son apasionadas. Sienten y se comportan como tales.

DESCARTES Y LAMETTRIE se referían en su tiempo a lo que llamaron «l'homme machine», o sea, el «hombre máquina». A ese hombre máquina pertenecían unas manos también maquinales. La corporación es distinta. El cuerpo es como algo físico que tiene sus dimensiones, su peso y tantas otras peculiaridades. Posee una estática y una dinámica de la que tiene eso que yo llamo «mi cuerpo», que se refiere a la corporalidad.

Las diferencias entre cuerpo y corporalidad apuntan claramente en el espacio que se atribuye a una y a otra. El espacio de la «corporalidad» es humano y no se limita a su solo esquema geométrico o físico.

El tacto de la mano no es una abstracción. Puesta la mano en contacto con un objeto le va descubriendo paso a paso. Tocar una

mano no sólo es una sensación. Si se toca algo y se reconoce ha sido por una percepción de la mano que se ha elaborado simultáneamente mediante movimientos. La mano conoce y reconoce. Con ello muestra una capacidad que es algo más que fusión de sensibilidad y movimiento. La mano más que un esquema es un teorema. Nos muestra la realidad de las cosas. La implicación del pensamiento en esta tarea es evidente.

En el origen de las palabras está ya el pensamiento y la acción. Como en toda la vida humana, que no se concibe más que en la existencia y que para ser peculiar del hombre incluye el ser y la expresión. Su inseparabilidad es constitutiva del hombre.

Separar el cuerpo y el alma es una arbitrariedad. El hombre como ser existente consiste en la fusión unitaria de ambos. Aun esta frase resulta inexacta porque, quizá sin querer, lleva el pensamiento a una primitiva dehiscencia entre ambos. La fusión es primaria y enteriza. Cristo agonizó en la Cruz, como el hombre agoniza en la cruz de la vida, es decir, en su propia condición humana.

¿No son las manos sensibles y creadoras su más significativo símbolo? Símbolo y realidad. Podríamos decir que FICHTE, por ejemplo, se olvidó de las manos en la construcción de su sistema. Craso error.

La conquista de la persona es el logro

del centro del hombre. Un hombre ni idealista ni esclavo. El hombre, ser por tanto creado, necesita a su vez ser creador.

El poder del hombre es capaz de cambiar el mundo, pero hay que descubrir los medios necesarios para hacerlo. El intelectual se presenta no sólo como profeta de un hecho por venir, sino que señala malestar. El cambio del mal en bien no es fácil de realizar, según el pensamiento cristiano. La realización segura sólo es totalmente posible para el cristiano mediante la Gracia y cuando le llegue la hora de la muerte.

Estamos en la era de la técnica e incluso se ha dicho que el ser humano, desde el principio, estaba volcado a ella. Antes que *sapiens* el hombre fue *faber*. Utilizó hábilmente sus manos. Pero el verdadero imperio de la técnica ha venido después. A partir de los siglos XIX y XX se puede hablar de la influencia determinante que tiene íntima relación con el ateísmo moderno.

El peligro que amenaza al hombre no deriva sólo de la bomba atómica ni de sus daños secundarios, ni de la intoxicación del agua, ni de la contaminación del aire, ni de la adulteración de alimentos, plaga de accidentes, etc. La desintegración avanza inexorablemente por los caminos de la alienación y de la locura.

J. J. LÓPEZ IBOR.



